

# EL SINU Y OTROS CANTOS

Guillermo  
Valencia  
Salgado

Ediciones  
UNICORDOBA-EL TUNEL



# **EL SINÚ Y OTROS CANTOS**

**GUILLERMO  
VALENCIA SALGADO**

(COMPAE GOYO)

Guillermo Valencia Salgado

# **DEDICATORIA:**

**A todos, pero a todos mis amigos**

**¡Ea, al fin parió Pabla!**

Guillermo Valencia Salgado

# ÍNDICE

Pág.

Prólogo

El Sinú

Mi vieja Montería

La cumbia

María Varilla

Ño Jose Pérez

Campesino

Julia León

Emeterio Suárez

La paloma guarumera

Amores campesinos

Velorio campesino

Aconséjame mama

Guillermo Valencia Salgado

## **PRÓLOGO**

Por JOSÉ LUIS GARCÉS GONZÁLEZ

### **1**

Toda buena poesía posee su magia particular. Se expresa en ella. Esa magia es su alma. Aclaremos: no se habla de una belleza mansa, de una perfección tan calculada que resulte fastidiosa e inocua. Se habla de una magia que surge de la propia entraña de la poesía, de sus laberintos más íntimos. Una magia que está ahí. Que ha llegado, no se sabe por qué caminos. Una magia que embelesa y desconcierta. Que por la dialéctica de su propia estética puede conducirnos a la alegría o a la tristeza.

### **2**

No es exagerado decir que la poesía de Guillermo Valencia Salgado está en estrecho contacto con la historia. No con la historia ampulosa, realizada en geografías colmadas de blasones añejos, sino con la historia de apariencia pequeña, que parece no estar dotada de trascendencia, pero que va lenta e imperceptiblemente confeccionando el destino irreversible de los pueblos.

En este libro, quizás la excepción sea *El Sinú*, poema que constituye un inmenso fresco de historia y de telúrica, donde los elementos míticos y terrígenos se combinan para eclosionar en una realidad de ensueño y de misterio: el Sinú.

Guillermo Valencia Salgado

### 3

No acude a este libro la musa ideal e indiferente, la que tiene los ojos oblicuos por el orgullo; al contrario, el numen que lo informa tiene olor a tierra mojada y sabor a lágrimas de pueblo. Por ello, aunque la lectura de algunos de los poemas puede arrancar una sonrisa, este es un libro de tristeza. Pero no es la tristeza del solitario incomprendido, o la causada por la neurosis de la abundancia. Es ésta una tristeza decantada. Una tristeza con raíces, incluida en el espíritu antiquísimo del pueblo. El recuerdo de los tiempos idos, la pérdida de los comportamientos, la muerte de los personajes populares, la fuga inexorable de las cosas amadas, producen en el poeta una melancolía diáfana, sin afeites, que no puede ser cubierta por la aparición transitoria de la alegría sin razones.

Esa tristeza reposada no es pesimismo. Por el contrario, es el reclamo del ancestro; una voz que trata de inmunizar a los hombres contra el olvido.

### 4

Cuando se habla de historia, se debe hablar de memoria. Y aquí en este poemario, Goyo lo demuestra con suficiencia. Pues no otra cosa es el Sinú y otros Cantos, sino una inmensa y estupenda memoria que recoge, para revertir al lector, hechos y personas de nuestra tierra. No es esta una recolección influida por el egoísmo, por el afán de mostrarse investigador, por el deseo de adquirir conocimientos para el deleite solitario. No. Éste es un material de devolución. Actos y hombres que se

recogen siendo historia y se regresan siendo poesía, sin dejar de ser historia. Y asumen así una dimensión nueva, inconfundible, superior.

## 5

*"¡Cada día a tragos largos /se toma la madrugada!  
/pordiosero que se gana /el sabor de la mañana".*

Estos son los cuatro versos iniciales del poema titulado *Campesino*. Quizá no sea difícil presentir en ellos amargura y desencanto. El poeta empieza frecuentando las aristas dolorosas de la vida. Comienza proclamando su verdad. Ubicando una realidad que todos los amaneceres tiñe de tristeza el alba de la patria. Y más adelante, irritado pero consciente, es capaz de decir: *"Alacrán que se devora /por el hambre las entrañas"*.

No es agresividad contra su personaje, es descripción de su estado real, es aceptarlo tal como es para lograr captar su desgracia, para incluirse en su infortunio. Es una exigencia de hombre y de poeta. Pero el recorrido del poema nos conduce a afirmaciones sencillas y sinceras que otean el futuro sin posibilidades de naufragio. No es lamento sin redención. Es fe. Es creencia en la fuerza formidable del hombre del pueblo: *"y a pesar de que sabemos/ que también su cuerpo es tierra, /lejos está de ser piedra/ /quien tiene un sublime anhelo"*. Y ya al final, luego de señalar un trayecto de milagros, conflictos, y expoliaciones, el poeta no deja su ancla derrotada. Llama. Grita. Insta. La tierra no duerme. La tierra espera. El poeta reitera su método: no se atasca en la amargura, no se queda devorando su propia hiel.

Confía en la flor, no importa que ésta brote a un costado del estiércol.

## 6

En *Mi vieja Montería, Julia León y Emeterio Suárez*, fundamentalmente, es identificable el olor de la nostalgia. La memoria acumulada se vierte pródiga. El tiempo es y no es. Hace y deshace a los hombres y a las cosas. Huye, pasa, pero no se marcha solo. Va modificando el pasado, entregándole un nuevo rostro, un nuevo rictus. Quien no le percibe su desconcertante movimiento, sufre más de un desengaño, se queda anhelando una quietud que nunca ha sido propia de las entidades vivas. Sin embargo, aunque Guillermo Valencia Salgado profesa una inocultable simpatía por los gestos de la tradición, en "El Sinú y otros cantos" el pasado que se envidia está enraizado en idiosincrasias autóctonas, en actos que colindan con los temperamentos forjados por la historia y por la raza. Por ello este comportamiento poético no es la vana apología de un reaccionarismo incrustado en la leyenda y el mito, o en la añoranza de una estructura de poder que tornó más sólidos los eslabones de la injusticia. Esta poesía es testimonio de una época, de un pueblo y de unas circunstancias sociales. Si fustiga la depauperación de los valores humanos, no es culpable la poesía, sino la coyuntura empobrecida en la cual le tocó nacer. El poeta, como su médium, se limita a dejar bien estampada la huella.

## 7

Guillermo Valencia Salgado



Si la buena poesía posee su magia particular, también particulares son sus canales de comunicación. Este libro sale bien librado del reto que representa la lectura. No lo lesiona ni la construcción de vocablos, de acuerdo con las especificidades del habla de la región, ni las apariciones onomatopéyicas, que lo emparentan con la mejor poesía de estirpe social del área caribeña. Popularizar más esos cantos, esas sanas historias, esa poesía que huele a Sinú cuando se lee, es la gran tarea que nos deja ese múltiple artista que fue Guillermo Valencia Salgado. Que no haya rincón de Córdoba, de la Sabana y del Caribe que no reconozca su voz, su estilo, sus más íntimas palpitaciones vernáculas. La historia asegura que el mejor trofeo está escondido en el generoso y justo corazón del pueblo.

## 8

Por esos desniveles que para nosotros tiene la vida, éste fue el primer libro editado de Guillermo Valencia Salgado. Él, con el pelo blanco, pero lleno de convicción y fortaleza, supo esperar. Después, vendrían Murrucucú (dos ediciones), Córdoba, su gente, su folclor (tres ediciones), y Poemas (*Tizones en tierra, Cantata rauca y otros poemas*). La misma espera afecta todavía a su novela inédita *El brujo de El Sabanal*, y a sus obras de teatro, entre las que se destaca *Maluco el bejuco*. Hoy estos libros están agotados y se impone la necesidad de reimprimirlos. No hacerlo sería privar a la juventud, tan necesitada de ello, de una educación terrígena inaplazable, y practicar la

indiferencia y el desdén con uno de los nombres básicos de su identidad cultural.

Valencia Salgado, fallecido en Montería en diciembre de 1999, nos dejó el camino abierto y la bandera en alto. Nos toca transitarlo. En colegios y universidades, en campos y veredas, mientras cantan los pájaros, se agitan las palmeras, verdea el maíz o madura el arroz, nuestros hombres y mujeres tendrán la oportunidad de conocerlo, sentirlo y divulgarlo. De hacerlo plenamente nuestro. Es, quizá, el mejor homenaje a este bardo sinuano, que ligó toda su vida a las diversas expresiones del arte, y se vinculó de todo corazón con las más sinceras manifestaciones del alma popular. Que el espíritu del pueblo, del pueblo bueno, permanentemente esté con él.

*Montería, abril de 1980,  
diciembre de 2002*

Guillermo Valencia Salgado

## EL SINÚ

*a Lelis Zumaqué*

### I

Deslumbró el relámpago  
un instante de siglos  
y fue ronca su voz  
porque rasgó la entraña de la tierra.  
Ira y cansancio  
por esa sed de rocas deslizantes,  
tuvo los Andes  
no muy lejos del mar y la palmera.

De pie sobre Tresmorros divisó el Caribe.  
Y al no poder besar el agua undosa  
quiso de la mar sus ojos verdes,  
su cabellera rizada y espumosa;  
y más tardó en querer, que en transformar  
su mole primigenia en tres cadenas pétreas,  
que reptaron desaladas  
hacia el ponto azul de aguas yodadas.

Del Paramillo una gota,  
otra,  
otra,  
dulce y suave,  
cristalina,  
refrescante,  
cayó en la hondonada  
y al instante  
un bejuquillo acuoso y ondulante

Guillermo Valencia Salgado

desde la cumbre arisca, corre,  
salta, se retuerce y grita,  
y al rollar la tierra fue formando  
un valle feliz, lleno de encantos,  
que el indio bautizó como el Sinú.

Sinú, palabrita misteriosa,  
eco de arcaica cultura.  
Tus sílabas hacen dúo  
con la brisa y la llanura.  
Són de pito travesero,  
suspiro de gaita hembra.  
Cuando te pronuncia el Indio  
tienes sabor de leyenda.  
Quien aprendió a conocerte  
y a saborearte enseguida,  
tiene empeñada la vida  
desde la cuna a la muerte.

## II

¡Finzenú, Panzenú, Zenufaná!  
Como inmensas lunas giran  
sobre la testa encantada,  
cuna y riqueza guardada  
por el dios Murrucucú.  
Betancí, Tuchín, Tukurá,  
Mocarí, Ayapel, Chimá,  
Colosiná, Chinú, Cereté.  
Son los hijos de Manexca  
y de Melxión, Eva y Adán,  
óvulo y semen de tierra  
amasados por Momí

con el barro de Araché.

Se regaron por el valle;  
penetraron oscuros socavones  
e hicieron luz en las entrañas ávidas.

Fecundaron la tierra,  
las plantas y las piedras;  
y cual duendes bienhechores  
removieron la telúrica mezcla.

Barro, sobre barro.

Agua, sobre agua.

Arena abigarrada.

Roca promiscua.

Esmeralda y oro.

Petróleo y cobre.

Mixtura refulgente.

Cal y yeso.

Sal en el mar y en beso.

Fuego y carbón.

Carbón y hierro,

hasta dejar fecunda el alma  
del inmenso valle.

### III

Y los hijos de Manexca y de Melxión,  
y los hijos de sus hijos,  
y los nietos de sus nietos,  
ya no cabían en el valle del Sinú.

Por eso se dio la orden  
de recorrer el mundo  
y de poblarlo en partes buenas.  
Y por los cuatro caminos

de la Rosa de los vientos  
como cuenta la leyenda  
se marcharon los sinuanos.

Sólo aquí se quedaron los más viejos.  
Los que sabían llegar al cielo  
para prender las estrellas,  
o para reponerlas luego  
de que alguna se cayera.  
Se quedaron los orfebres,  
los artesanos del barro,  
los de la palma trenzada,  
los que debían guardar  
los recuerdos de la raza.

Qué inmenso júbilo reflejaba el río.  
Se creyó incontenido, inviolado,  
hasta que fue acuchillado  
por una quilla en Zispata.  
Quilla española que viola.  
Vela andaluza que asola.  
Morisca gentuza que roba y que mata.  
¡Pecaron! Gritó el misionero.  
¡Y fue en enero la matanza!

#### IV

¡Falso es! No pecó la raza.  
Se vino el invasor a nuestra casa  
con una cruz sangrante y una espada  
fue porque más pudo la ambición  
que el dulce anhelo  
de ser el mensajero

del Amor y de la Gracia.  
Esa fue su cortina, su muralla.  
Y es que el poderoso en la conquista  
siempre ha tenido a Dios como mampara.  
Bajo los cascos del corcel hispano,  
cayeron Tolú, Lorica, Araché,  
Momí, Chimá y Panaguá.  
Chinú se entregó sobre una hamaca  
de oro y pedrerías.  
¡De Tucurá las lágrimas fluían  
y no se mellaron los hierros!  
Cortante el hilo desangró la raza,  
porque sólo encontraron en la casa,  
la frágil flecha y la macana roma.  
¡Ay, Onomá! ¡Si te rompieron toda!

Más que corría volaba el mensajero.  
Su noticia era triste, casi mentira.  
¡"Finzenú, allá vienen! ¡Son extranjeros!  
Ellos, arrancan la vida.  
Devoran sepulcros. Se tragan el oro".  
Y éste, recordando la leyenda dijo:  
¡"No, no vienen! ¡Ellos regresan!  
¡Cómo han cambiado nuestros hijos!"

## V

¡El mar Caribe. El verde mar!  
Altos velámenes grávidos de mal.  
Quillas marineras, arados de mar.  
Caracoles marinos, yodo y sal.  
Broncas y negras trompas  
que saben llorar

vienen de lejos, de otro mar.  
¡Oh Bantú Oh Dahomey!  
Caimito y mamey sobre la mar.

Canta Yoruba tu mal bajo el caney.

Tam

tam

tam

Son olores de otras querencias.

Tam

Tam

Tam

Son mensajes de malquerencias  
que te dejé el ladrón.

¡Que no te apene el són!

¡Oh Yoruba! ¡Oh Dahomey!,  
mi tambo es igual a tu caney!

## VI

Testigo ha sido la Historia  
de lo que el hispano hizo.  
Y si alguna cosa buena  
se le salió de las manos  
no fue porque así lo quiso.

Lo impulsó la incontinencia,  
el sadismo, la indecencia,  
y en su alienada lujuria  
supo mezclarse con indios,  
supo mezclarse con negros,  
y así fue surgiendo un pueblo  
que esculpió rostros diversos



sobre una misma armazón.  
"Hoy todos somos iguales  
bajo este cielo de Dios".  
Esto contempla la ley;  
pero otra cosas nos grita  
la codicia del patrón.

## VII

Navegante, sobre el río,  
ha viajado un nigromante.  
¡Y como por arte de magia  
todo se hizo al instante!

Se esfumó la selva rauca.  
Sobre su espalda desnuda  
se levantaron ciudades.  
El ciclope en sus afanes  
afiló su dentadura  
para hacer de los caminos  
carreteras laborables.

El bosque tornose en finca,  
la finca en rico potrero,  
y cada vez que el vaquero  
grita en los campos de Córdoba,  
aunque nunca se la coma,  
come carne el mundo entero.

Maderables y frutales,  
Cereales y Hortalizas  
desde inmensas cornucopias  
se derraman en el valle.

Y el valle va la savia  
sobre raudas maquinarias  
vigorando en cada gesto  
el corazón de la Patria.

Ciénaga Grande,  
Ayapel,  
Betancí...

Son tres lagunas  
rebozadas de tesoros,  
donde la escama y el oro  
tienen reflejos de luna.  
Son puntos de ricas guacas,  
edenes de pescadores  
y cazadores de fama.

Allí el crepúsculo imita  
los hilos multicolores  
con que se teje la hamaca.

San Bernardo,  
Coveñitas,  
Moñitos,  
San Antero  
Y Cristo Rey.

Tienen salados los pies  
y las pestañas yodadas;  
porque en las noches, tal vez  
las estrellas más doradas,  
de tanto cielo cansadas  
deshojaron sus pupilas

y al caer sobre la orilla  
fueron formando las playas.  
Por eso estas playas tienen,  
agua tibia, suave arena,  
fresca brisa que parece  
que despeinan cabelleras  
de corsarios y sirenas.

Una mirada cualquiera,  
hacia un cualquier lugar,  
nos obliga a imaginar  
que el paisaje de estas playas  
—creyón que pinta y detalla—  
tiene algo de lunar.

### VIII

Gallo Crudo,  
    Florisanto,  
        Matoso,  
            Urrá,  
                    San Andrés.

Cuántas riquezas esperan  
que se produzca el milagro.  
El Alí del cuento arcaico  
se le ha olvidado expresar:  
¡Ábrete!

    ¡Ábrete Sésamo!  
                    Ahora,  
como cazimba que llora  
sólo nos toca esperar.

## IX

Desde que el hombre rasgó  
las entrañas de la tierra  
y tomó de ellas la piedra  
para hacerse un instrumento,  
justo fue en ese momento  
el origen del folclor.

Y aquí en mi departamento,  
es rico, variado y tierno  
por la gracia del Señor.

Sin embargo no sabemos  
francamente qué tenemos.

Todo está diseminado,  
escondido e ignorado.

Sabemos sí, que es tan viejo,  
porque lo que sabe el pueblo  
lo aprendió de sus abuelos  
en las noches de vigilia.

Desde entonces se repite  
como un dibujo calcado  
con trazos de tinta fiel.

Aún se tiene por piel  
un parche de sol tensado,  
dos guaches de lluvia fina  
y por zampoña que trina,  
una pluma y una cera,  
más cantares de la abuela  
que jamás se desafinan.

Hay un pito atravesado  
que habla con voz montuna  
y ha tenido la fortuna  
de nacer acompasado.

Como fiel enamorado  
lanza su nota sedienta  
que en el aire se revienta  
como un besito cortado.

También tenemos un ritmo  
que del tambor africano  
pasó a las bandas de viento.  
Aquí tiene el sentimiento  
del mestizo americano.  
¡Es el porro pelayero!  
Potro chúcaro y cerrero,  
más trigueño que achinado.

Ese són para el sinuano  
es de su orgullo testigo.  
Tiene el silencio partido  
sobre la boca y las manos;  
y en el pecho colombiano  
para cantar se ha metido.

## X

Variadas artesanías  
laboradas con ternuras  
han salido de las manos  
de mi pueblo prodigioso.

Manos indias,  
manos negras,  
manos ágiles que plasman  
su belleza espiritual;  
¡Y en el gozo que les nace

de amasar dulces recuerdos,  
dejaron también sus besos  
palpitantes... temblorosos!

Cada forma identifica  
el alma de su artesano;  
y en el primor del trabajo  
una firma está que grita  
por la presión de las manos.  
Es por eso que afirmamos,  
que en cada forma lograda  
hay un escudo de armas  
de la familia artesana.  
Y también por eso muestra  
el sinuano con orgullo  
su sombrero cordobés.  
Y téngalo quien lo tuviere  
es trezado en San Andrés.

Parece una ave sedienta  
de espacios ilimitados.  
A cada momento intenta  
desbocarse por los cielos.  
¡Es una copa de anhelos  
sujetada al pensamiento!

¡Ay, mi sombrero de vueltas,  
alero de mis mayores!  
Según como te coloque  
para mi gusto las alas,  
te sobrarán las palabras  
para explicar mi conducta.

Guillermo Valencia Salgado

Y en cada caso habré sido:  
Espartaco, o Casanova,  
Barrabás, o Jesucristo,  
sin que se tenga testigo.  
¡Ay, mi sombrero de vueltas,  
alero de mis mayores!  
Eres mochila y mantón,  
refugio de mis temores.  
¡Disimúlame esta pena  
que me estruja el corazón!

## XI

Mientras el canto se acopla  
con un andante mestizo,  
una protesta se hizo  
ritmo picante en la copla.  
El campesino trovero  
empezó a soltar amarras,  
y este pueblo con sus garras  
fue reventando linderos.  
Linderos ensangrentados  
con un afán extranjero  
—mezcla de brujo y cacique—  
que amparados por blasones  
de paupérrimas estirpes  
explotaron al nativo.

Una chispa fue el principio.  
Y esta chispa hizo del "Boche"  
la antorcha que ardió en la noche  
para mostrar la vergüenza

que impone el explotador.  
El criollaje resentido  
hizo suyo ese martirio;  
y en Loma Grande el quejido  
tuvo un eco atronador.  
Aquél relámpago guía  
fuiste tú, Vicente Adamo.  
Y en el corazón sinuano  
palpitó la libertad.

Tu plataforma de lucha:

“Tierra,

Trabajo,

Salud,

Unidad

y Educación.

Guerra a la matrícula esclavista”,

fue la consigna encendida  
desde aquel Rojo Bastión.

¡Ay, Juana Julia Guzmán!

Sobre un rastrojo montano

fuiste puerto,

brisa

y mar.

¡Préstame tu palabra

mi rebelde capitana,

hora es ya de navegar!

¡El Sinú, oh mi Sinú!

Palabrita misteriosa,

eco de arcaica cultura.

Tus sílabas hacen dúo

con la brisa y la llanura.

Guillermo Valencia Salgado



Són de pito travesero,  
suspiro de gaita hembra.  
Cuando te pronuncia el indio  
tienes sabor de leyenda.  
¡Quién aprendió a conocerte  
y a saborearte enseguida,  
tiene empeñada la vida  
desde la cuna a la muerte!

Por eso el conquistador  
ante tu arisca belleza,  
observando tus riquezas  
desorbitado exclamó:  
¡"Pobrecito del Perú  
si se descubre el Sinú"!

.....

### **MI VIEJA MONTERÍA**

¿Qué ha sido de mi vieja Montería?  
¿En qué lugar del tiempo  
se encuentra detenida?  
Las cosas viejas se olvidan fácilmente.  
¡Ya ni la recuerdo casi!

Desde que se abrieron los caminos  
y las huellas recobraron vida;  
desde que los ocasos inventaron rostros  
y voces nuevas,  
lo nuestro como las hojas  
de un viejo calendario

Guillermo Valencia Salgado

fueron sin penas arrancadas  
por las manos de la moda.  
Ya ni recuerdo las calles arenadas y parejas,  
en donde la pandilla callejera  
con sus trompos zumbadores  
picaba raya con ollas y certeras "mapoleadas".  
Ya ni recuerdo la brisa,  
aeropistas veraniegas  
en donde fuimos un día  
astronautas vagabundos  
que en cromados barriletes  
pintábamos firmamento  
con pinceles de alegría.

¿Qué se hicieron los horcones  
que los tiempos preparaban,  
para poner seda a los trompos  
qué zaránganos brincaban?  
¿Qué de aquellos rehiletes  
refulgentes como broches  
que en su perenne murmullo,  
atado al puntal su orgullo,  
reclamaban libertad?  
Tras el polvo de los tiempos  
los faroles de totumos se marcharon.  
¡Eran nidos de cocuyos!  
¿Y aquellas procesiones  
de mi vieja Montería, qué se han hecho?  
El sonar de las campanas  
anunciando la salida,  
era una orden al rezo, al amor, a la vida.  
Todas las calles rezaban

Guillermo Valencia Salgado

con sacrosanto fervor.  
Los varones y las damas  
custodiaban amorosos  
al igual que los cruzados,  
el estandarte de Dios.  
Nuestra música en abarcas  
desgranaba dulce marcha,  
mientras locas las campanas  
alborotaban palomas  
que en el parque picoteaban.

¡Ay, Padrecito Mercado!  
Todo lo nuestro se va,  
como espuma que se lleva la corriente,  
reemplazado por costumbres  
que trajeron otras gentes.

Estebana, Goya y Julia,  
ya no tosen,  
ya no barren corredores  
con sus faldas harapientas.  
Ni Peyo Aguirre, ni Pico,  
ni la Ñarra ni Benigno,  
ni Vaca Ponte ni el Tren,  
ni la Pinocha ni el Botijo  
tienen vigencia en las calles  
de mi dormido poblado.  
Ahora por camionados  
locos nos mandan de afuera.  
Pobres locos que no saben  
llevar su galantería,  
como aquellos loquitos

de mi vieja Montería.  
Las emisoras locales  
se han olvidado del porro,  
el río se está muriendo  
de tristeza y abandono  
y en los pretilos del pueblo  
ya no hay juegos infantiles.

“¿Emiliano qué te dan?  
La cebolla con el pan”.  
“¡Chivito sal de mi huerta!  
Señor que no tengo puerta”  
“¡Chulambé! ¡Chulambé...!  
¡Si no me coges eres mujé!”

Estos cantos ya son ecos  
de aquellos juegos perdidos.  
Ahora se juega al crimen  
con metralletas de palo.  
Se juega al bueno y al malo  
y la honradez se proscribe.  
Hasta la China partera  
se fue a recibir luceros.  
Ya no nacen monterianos  
en manos de dulce negra.

Magdaleno Calderín era un centauro.  
Ciriaco, un filósofo sinuano.  
Felipito Escobar, el Guillo Murillo,  
El Mono Lara, Faraco, Rafael Díaz...  
¡Ya todos, todos se han ido!  
¡Ay, hermanos! ¡Compañeros!

Guillermo Valencia Salgado

¿En esta nuestra tierra,  
casi somos forasteros!

.....

### **LA CUMBIA**

¡Ya los tambores husmearon la parranda!  
La gaita limpia su garganta ruda,  
y en el momento en que se queda muda  
la turba que presencia la cumbiamba,  
un ritmo nace, gime, ruge y llora,  
en medio de la cumbia excitadora  
rompiendo el redondel de la plazuela.

El cerco humano se apretuja y suda.  
Y al salir airosos los compases sueltos  
de la piel que los tenía en el alma,  
un ritmo ardiente en las entrañas prende  
la epilepsia negra; y las espermas,  
levantando el toldo que la noche extiende,  
se quedan en los brazos  
como sangre blanca coagulada.

Un compás, dos, tres compases  
arrancan a la hembra que se quedó embrujada  
en medio de la hoguera rítmica surgida  
de los abismos lujúricos del canto.  
Y cual una tigre en celo  
saltando el cerco la mozuela enhiesta  
parece sumergirse en el voraz incendio  
de las velas; y mientras deja pasos

Guillermo Valencia Salgado

bordados en la arena,  
presiente la caricia del parejo  
que viene trayendo en su cintura  
una serpiente envuelta que envenena.

Son los cuerpos en fuga que se pierden  
detrás de los caminos de la sangre;  
sombras agónicas que anhelan  
la paz de los remansos  
para arrancarse la punta del martirio  
que el blanco les clavó en la frente,  
y les hizo derramar el alma  
a fuerza de esprimirles las espaldas.

¡Gaitas y tambores!  
Antiguos trovadores de mi raza.  
Esta noche de cumbiamba cantan  
con el pecho en llamas,  
porque los negros sienten  
rugir en sus entrañas  
jaguares que presienten  
juncales misteriosos,  
en donde un día el negro fuera libre  
como el lucero que rasga  
la epidermis de la noche.

¡Gaitas y tambores!  
Artistas de la noche siempre.  
Tu ritmo lleva sangre en los compases,  
y son tus melodías, rudo gesto del indio  
que reclama su forma en el espacio,  
también eco dormido del andaluz poeta.

Guillermo Valencia Salgado

¿Por qué gimen tus cueros, negro,  
cuando cantas?  
¿Por qué llora tu gaita, indio  
cuando tocas?  
¿Por qué te crucificas en el són, blanco,  
cuando bailas?  
Y estas voces de mi raza me responden:  
¡Ay, mi madre!  
¡Porque llevo en el alma  
mil perros que me arrancan las entrañas!

.....

### **MARÍA VARILLA**

¡Mararía! Llegó María...  
¡Ya llegó María Varilla!

Ahora sí que canta el cielo  
con el garbo de mi pueblo.  
Ahora sí que los porreros,  
al azucar su cintura,  
regando esperma en el suelo  
morirán de calentura.

¡María! Llegó, María...  
¡Ya llegó, María Varilla!  
Morena como la cumbia  
porque en su cuerpo nació  
una palmera cimbreante  
llena de ritmo y de sol.

Guillermo Valencia Salgado

Nunca empezaba la fiesta  
sin que empezara su voz,  
muchedumbre aglutinada  
bajo el alma del tambor.  
Mulata que más que hembra  
era la sensualidad,  
corpiño temblando solo  
bajo el són en tempestad.

Los negros morían por ella,  
los blancos se empobrecían  
y los indios con sus millos  
sus amores le decían.  
Y la reina del fandango  
siempre hembra en las cumbiambas,  
era un cristal que de canto  
en las noches se clavaba.

¡Baila, María! ¡Baila!  
¡Qué triste está mi fandango!  
Ya los marcantes trajeron  
un montón de ritmos viejos  
que aprendieron en las fiestas  
de nuestros abuelos negros.  
Copiaron los platilleros  
El tremular de tus senos.  
Calambre tiene el bombero  
de tanto mirar tus nalgas,  
y el pantalón se te marca  
en un escorzo de fuego.  
Toditos los pelayeros



heridos de amor te piden  
que bailes un porro viejo  
con la bozá de Ramírez.

¡Baila, María! ¡Baila!  
Que el fandango es para ti.  
No te olvides que en la danza  
ya es un grito tus caderas;  
y en tu grupa vibradora,  
hay un pájaro, María,  
que grita y se desespera.  
Mira tú que los pabilos  
son estrellas desertadas  
que para bailar contigo  
se quedaron en las velas.

No olvides que el mundo entero  
se ha movido para verte.  
Por ti se mueren los negros,  
se arruinan por ti los blancos,  
y lo indios con sus millos  
sólo tocan para ti.

¡Baila, María, baila!  
Que te azuzaron los perros  
los músicos de mi tierra.

¡Baila! ¡Baila! ¡Baila! ¡Baila!  
Que ya se rompió la noche  
sobre tus anchas caderas,  
y los astros de las velas  
se van con los cien cantares

Guillermo Valencia Salgado

que enseñaron las abuelas.

.....

### **ÑO JOSÉ PÉREZ**

Ponderan que José Pérez,  
Ño José, el del "Tapao",  
no había quien humillara  
tocando tambó zampao.  
Cuando el trago le ponía  
las manos electrizá,  
de la tiranta bajaba  
el tambó de su alegría.  
Lo zampaba entre las piernas,  
lo alzaba con el talón,  
con los dedos lo sobaba  
y lo rociaba con ron.

¡Ay, José! ¡Ño José!  
Redondéame este són:  
"La vejé nunca ej vejé  
si se tiene corazón".

Sus manos eran dos combas  
rellenas de piel tensá.  
Sus dedos amortiguaban  
el retumbar del sonido,  
porque en vez de manos eran  
relámpagos encendidos  
los que violaban la noche  
sin levantarle el vestido.

Guillermo Valencia Salgado

Dale cun dale, dale,  
dale duro a tu tambó.  
¡Zambo, malambo. Cuidado!  
se te acaba tu sabó.

Atácalo con los callos  
si se quiere encabritá.  
No le dejes rezongá.  
¡Caramba! Que te marea.  
Ya verás que es un caballo  
paserito y de los buenos,  
de los que relinchan luego  
cuando salen a pasiá.

¡Ay José! Ño José,  
retruquéalo bajito.  
¡Azúzame tu tambó!

“¡Pom-quiti-pon! La zamba,  
te rempuja con la nalga”.  
Güele a ron por el arpón  
que tiene cabeza e rana.  
¡Currutá, cutá pon-pon!  
Ponlo redondo José,  
no vaya a sé que afilao  
me atraviase el corazón.

¡Pan. Cutuplá... Plan!  
¡Aguántalo Ño José!  
Que el moruno se rompió.  
¿Y con qué lo coserán?

¡Con majagua colorá!  
¡Con majagua colorá!

¡Cutá, cupla, currutá!  
¡Cutá, cuplá, currutá!

No lo escupa Ño José.  
No lo muerda Ño José.  
Rasgúñale la barriga,  
restriégale la rodilla  
por la comba de la boca  
y verás que se te aboya  
pujando como babilla.

“¡Cu, cujúc, cuj!  
¡Cuj, cujuc, cuj!  
Grita el cuero del tambó  
que ya estrangulao está”.

¡Ay, señores! ¡Mis señores!  
Ño José, lleno de rones  
no lo deja denscansá.  
¡Ta. Ta! ¡Cutá!  
¡Currutá, currutá, currutá!

Currutá, cutá, currutá.  
¡Cutá, cutá, cutá!

Deja ese tambó José.  
¡Déjalo ya por favó!  
¡Déjalo ya por favó!

¡Pan, quitiplán... Pon!  
¡Pon, pon, pon... quitiplán!

.....

### **CAMPESINO**

¡Cada día a tragos largos  
se toma la madrugada!  
Pordiosero que se gana  
el sabor de la mañana.  
Alacrán que se devora  
por el hambre las entrañas.

Sin lanzar ninguna queja  
hace un arco con su espalda;  
y así hunde su agrado  
con las uñas de sus dedos,  
puntas de flecha en el suelo  
con ansias de ser arado.

De lejos el cosechero,  
puente tendido en la tierra,  
es otro surco que medra  
bajo el ala del sombrero.  
Quiero decir, que hombre y surco,  
vistos así, desde lejos,  
peinan un mismo cabello.  
¡Y a pesar de que sabemos  
que también su cuerpo es tierra,  
lejos está de ser piedra  
quien tiene un sublime anhelo!

Guillermo Valencia Salgado

Una mañana cualquiera  
se viste la cementera  
con áureo color de aurora.  
Del surco la morenía  
bajo un follaje dorado,  
desaparece cargado  
de rútilas pedrerías.  
¡Se ha producido el milagro!  
De aquel despreciable barro,  
brotó rubicundo el sol  
en mil granos transformado.

Entre el sembrado y la choza  
sus pasos van y regresan  
tejiendo un cálido manto.  
Y en su hamaca de colores,  
mientras mece su cansancio,  
va de la duda restando  
sobresaltos y temores.  
¡Al fin llegan los señores,  
y todo lo van cargando!  
¡Ahora sí que te rompieron  
campesino pordiosero!  
Sólo te queda el aliento  
para comenzar de nuevo.

¡Bendito seas mil veces,  
hombre que siembras el campo!  
¿Cuándo te levantarás  
para exigir lo que siembras?

Para ti los cielos niegan

el verdor de la esperanza.  
¡No te bebas la mañana  
que es amargo su sabor  
cuando no se tiene nada!

¡Campesino! ¡Campesino!  
Es hora de madrugar.  
La tierra está que te espera.  
¡Ya es tiempo de cosechar!

.....

### **JULIA LEÓN**

Era una vez una vieja  
que de rojo se vestía,  
y andaba por Montería  
con un pocotón de gatos.  
Pobre vieja que creía  
ver en esos animales  
al hijo que se le fue  
muriendo por muchos males.  
Desde la muerte del hijo  
la vieja se enloqueció.  
Nunca más tuvo que ver,  
ni con patria ni con Dios.

Como un pañuelo clavado  
mensaje de los que viajan,  
sobre las manos del río  
puntal se vuelve el recuerdo;  
y en retazos diluidos

que se ahogan en el agua,  
una bandera por traje  
me llena el alma de cantos  
y los dedos de cordajes.  
En el puerto su pollera  
—vestuario de cosas idas—  
era un blasón hecho trizas  
en las manos callejeras.

¡Julia! ¡Julia! Loca Julia.  
Así le gritaba el pueblo.  
Y ella... ni caso hacía.  
Pensativa se quedaba  
mirando lejos, muy lejos...  
como quien tiene sangrando  
un lastimoso recuerdo.  
En la arena de la playa  
tuvo nido su pollera;  
y en los pretilles del pueblo  
cantaba sus notas leves  
y con hábil mano hilaba  
camisas para sus nenes,  
los gatos que se encontraba.  
Ay, Julia, viejita loca,  
eslabón de los recuerdos.  
Rosa y mantón en las almas  
de los que te conocieron.  
¡Cómo tú se van muriendo  
todos los viejos del puerto!  
Ya son bares las cantinas,  
las calles llevan zapatos  
de cemento y las esquinas

Guillermo Valencia Salgado



ya no son descansaderos,  
en donde cualquier vaquero  
abanicándose el rostro  
reposaba del calor.

Ya los timbres de los coches  
por las calles no trajinan;  
ni los barcos se empecinan  
con su bronco pito alado  
en despertar el poblado  
de su siesta parroquial.

Ya ni la Semana Santa  
se reparte en platos limpios.  
La gente vive enclaustrada,  
en un angosto corral.

Las contiendas a trompadas  
Olvidaron su hidalguía.  
Ahora muerde carne hermana  
el puñal de los malvados.  
No sirve el papel sellado  
ni la palabra empeñada.  
Y entre los criollos sinuanos  
de aquellos tiempos ya idos,  
con sólo chocar las manos  
el contrato era efectivo.

Ay, Julia, viejita loca,  
eslabón de los recuerdos.  
Rosa y mantón en las almas  
de los que te conocieron.

Ya los viejos monterianos

uno a uno van muriendo.  
Se nos van poquito a poco  
sin tantos carteles blancos.  
Aquella tu gente, Julia,  
no son los mismos de ahora.  
Lograron viajar afuera.  
Vinieron con otras modas  
que yo creo equivocadas.  
Y así copiaron maneras  
para hacerse distinguidos.  
Dieron nombres a sus hijos,  
que ya no son nuestros nombres.  
hora Eduardo... suena Eduard,  
Roberto... por Roberson;  
y Juan, que era muy del pueblo,  
en el club le dicen John.  
Y si quieres ser Sajón,  
puedes fletar sangre ajena  
para simularte blanco  
aunque sea tu piel morena.  
Tanto imitaron de afuera  
que los de afuera llegaron.  
Se tomaron puntos clave.  
La arepa tumbó al casabe,  
el aguardiente a la chicha.

Los asientos de pajitas  
son butacones de piel;  
y aquella cama sabrosa,  
la de lona, ahora tiene  
un rival que es el somier.

Guillermo Valencia Salgado

Y así, viejita loca,  
fuimos negando lo nuestro  
y aceptando lo de afuera.  
El afán de ser distinto  
nos ha madurado verde.  
¡Ay, Julia, quién lo creyera!

.....

## **EMETERIO SUÁREZ**

Compadre Emeterio Suárez  
vaya sacando el tambor,  
que allá viene Pabla Atencio  
quemando la muchedumbre  
con el fuego de su voz.

El sábado amaneció  
lleno de ron y fandango  
baile macho y bullerengue.

Las pupilas de la noche  
refrescáronse en las aguas  
del Sinú, gran trovador,  
don Juan costeño que lleva  
prendido al ojal del tiempo  
una rosa y una piedra,  
hembra y varón de mi tierra  
que nacieron en crescendo.  
Los carrizos y las gaitas  
con ritmo de mano en choque  
una canción martillaron

Guillermo Valencia Salgado

sobre el yunque del tambor.  
Y en la fragua de la noche,  
la misma noche moría  
quemada por cien espermas  
en las orillas del río.

Los bailadores del puerto  
poco a poco se subían  
por el filo de los versos  
que Pabla Atencio mordía  
como quien muerde con hambre;  
porque en cueros relinchaban  
quemados a fuego lento  
los corceles de la sangre.  
Diez cantos de fino alambre  
reclamaban que la noche  
resbalara por los poros  
de los negros y cayera,  
para clavar en sus carnes  
los cuchillos de las velas.

Compadre Emeterio Suárez  
vaya sacando el tambor,  
que allá viene Pabla Atencio  
quemando la muchedumbre  
con el fuego de su voz.  
Noviembre sobre las cercas  
apuntaladas del pueblo,  
con sus ojos indiscretos  
ha preguntado a la gente  
por el baile que los negros  
pusieron casi a la sombra

de la bonga que se sube  
por los aires hasta el cielo.  
Diciembre sabe del sitio,  
y con pasos vacilantes  
va buscando el ambulante  
de Emeterio, el cantinero.  
Ahí se reunía el pueblo:  
negros, indios y mulatos,  
zambitos que no tuvieron  
la ventaja de un cuchillo.  
¡Hombres, sí! Que por sencillos  
a "muñeca" resolvían  
casi todos sus enfados;  
y después de los amagos,  
cuatro golpes, dos caídas...  
caminaban enseguida  
en busca de la cantina  
como bueyes enyugados,  
porque no fue más que un juego  
la riña con pie pisado.  
Nunca se le vio en la mano  
un tiple ni una bandola.  
Con ritmo de embrujamiento  
el tambor a cada hora,  
lo ataba al són de los bogas  
porque era negro por dentro.

Cuando Pabla despertaba  
los duendes de su lamento,  
Emeterio martillaba  
las cuñas de su instrumento.

Guillermo Valencia Salgado

¡El pueblo, baila que baila...  
y Pabla, canta que canta!  
y el lunes por la mañana  
se apagaba la parranda.

Compadre Emeterio Suárez  
vaya sacando el tambor,  
que allá viene Pabla Atencio  
quemando la muchedumbre  
con el fuego de su voz.

Ese domingo las aguas  
se quedaron en el puerto.  
Los almendros alegraron  
con sus hojas amarillas  
las orillas de mi río.  
La noche llegó vestida  
con un sayón de luceros.  
La bonga bajó del cielo  
para buscarse parejo,  
y cuando llovieron manos  
compases de bullerengues,  
el garbo de Pabla Atencio,  
luz en las aguas dormidas,  
quemó la orilla del puerto  
con la fiebre de su canto;  
"a le, le leeee... Montería...  
Yo no quiero que me quieran  
ni tampoco ser quería.  
Yo quiero que me aborrezcan  
y sea yo tu aborrecía.  
¡A le, le, leeee... Montería!

¡Compadre Emeterio Suárez  
vaya guardando el tambor,  
porque Pabla se ha marchado  
con su canto y su sabor!

.....

### **LA PALOMA GUARUMERA**

¡Yo te digo esto Manuel  
y no es mentira, lo juro!  
A decir no te sometás  
que a ti nada te conmueve.  
No discutas que eres duro.  
Que en las vainas de este mundo,  
hay cositas que nos hieren.  
Yo, soy un hombre completo  
y he vivido de mi hombría,  
porque hombría da respeto.  
Y has de saber que un día,  
el canto de una paloma  
me revolcó por el suelo,  
aquel antifaz de hierro  
aquel antifaz de hierro  
que yo siempre me ponía.  
¡Pero espera!  
Es mejor que te refiera  
como ocurrieron los hechos.

Los rúleros que se fueron  
avanzados pal desmunte,

Guillermo Valencia Salgado

regresaron con el cuento  
de que allá había una paloma  
que cantaba con un dejo,  
que arrojaba de tristeza  
los rastrojos y las lomas;  
que a los hombres los hacía  
reclamar como mujeres.

Era su canto tan triste  
que uno entonces se acordaba  
de los vivos y los muertos.  
¡Y téngalo usted por cierto,  
el canto de esa paloma  
de los hombres se burlaba!

Yo estaba casaó blandito  
y con mujer querendona;  
pero era tanta la vaina  
que se decía de ese canto,  
que yo le dije a mi hembra:  
¡Mija! Prepárame los corotos  
que voy para el desmonte.  
Quiero ver si esa paloma  
es capaz de hacerme ojo.  
No bien me metí en el monte,  
cuando oí que en el rastrojo  
cantaba la guarumera.  
Me sorprendió la paloma  
con ese lloroso canto.  
Sí, me dije, canta triste.  
Pero yo no quiero llanto.



Mi corazón de casao  
rebosaba de alegría.  
¡Qué me importaba ese canto,  
si otro canto me tenía  
hasta los bordes colmao!

Por eso soné mi rula  
sobre la espalda de un tronco  
y entonándome de pronto  
este canto le lancé:  
"Yo soy libre como el viento,  
como el ave en la espesura,  
como el tigre en la llanura,  
como es libre el pensamiento.  
A mí no me abate el tiempo  
y el tormento yo desdeño,  
y todo lo veo pequeño  
si yo miro para abajo,  
y sin el mayor trabajo  
duermo cuando tengo sueño".

No bien terminé la décima  
cuando la oí nuevamente:  
UUUUUUU, UUUUUUUuuuuuuuu.

Yo sacudí la cabeza  
como si me hubieran dao  
en la oreja a mano abierta.

¿Cuál es tu vaina paloma,  
me quieres hacer llorá?  
¡Díme!

¡Eso es lo que tú quieres?  
De mí, un llanto, no lo esperes,  
que yo no pude botá  
ni una lágrima siquiera  
cuando se murió mi vieja.

Te juro que esto lo dije  
para armarme de valor;  
pero ya llorando estaba  
por dentro mi corazón.

Y de nuevo, sobre el viento,  
rompiendo la rastrojera  
me llegó el triste lamento.  
UUUUUUUU, UUUUUUUuuuuuuuuuuuu.

El aire me supo amargo,  
amargo también el cielo  
y las hojas por el suelo  
una pena iban llorando.  
¡Dios!  
¿No será que allá en el rancho  
mi mujer está que llora?  
¡No me cantes más paloma!  
No vaya a ser que al carajo  
mande la rula y el hacha  
y abandone este trabajo.

Y otra vez, y otra vez  
la paloma se me vino  
con su canto lastimoso,  
empapándome de lloro,

arropándome de frío.  
¡Ay, paloma, lloras tú  
que estás en tus querencias,  
y que no lllore yo, ahora,  
que estoy lejos de los míos!

El hacha quedó en el suelo.  
El calabazo de agua  
yo no sé dónde quedó.  
La rula con un reflejo  
de sol sesteando en el filo  
se quedó mordiendo un tronco.  
Y yo, corriendo y corriendo,  
tropezando y levantando,  
tapándome los oídos  
cogí el camino del rancho.

Te juro que yo no supe  
cuántas leguas recorrí,  
pero a mi rancho llegué  
casi ahogado por el llanto.

Entre las piernas de mi hembra  
hundí mis ojos llorosos;  
y al amparo de sus manos,  
manos suaves, amorosas,  
sentí una lluvia de rosas  
que me perfumaba el rostro.

¡Ay, palomito mío!  
Exclamó mi compañera.  
Dime si te hizo llorá

el canto de esa paloma.  
No, hija, no fue ese canto.  
Lo juro que no lo fue.  
¡Fuiste tú, yo bien lo sé,  
palomita guarumera!

.....

### **AMORES CAMPESINOS**

Y to jue pocque le dije  
que yo la estaba queriendo.  
¡Sucristo!  
Se le jinchó el corpiño  
ni pecho de paloma turrugulla.  
Había que verla como yo la vide  
en el velorio de Rumalda.  
Estaba ella vestía de morao  
que a mí se me pareció  
la flo de la batata mojadita de ñublina.

Te la voy a detallá.  
Tenía unos ojo ni puerco manao;  
unos pómulos grande de piel estiraita,  
como cara que espera  
que le empujen un beso;  
una nariz de pelea, repingaita,  
y una trenza negra ni pluma e yolofo,  
que le amarraba el pelo  
hasta el plan del ñango.  
Lo que de ella más me gustaba,  
era su boca.

Guillermo Valencia Salgado

Tenía esa moza dos labioj,  
que yo no sé, pero el de abajo  
siempre se me pareció una tajá de melón  
escondía detrás de una tinaja,  
de lo güelentinosa y dulce que lo tenía.

Esa noche del velorio yo estuve por ella.  
Apenas tuve oportunidad  
me le acerqué ni perro regañao.  
Le dije que della yo estaba enamoriscao;  
que mi voz no sonaba;  
que mi pecho no alentaba;  
que mi mente no pensaba,  
si no por ella. Por ella.  
No más que por ella.  
Entonces la moza, no sé si por pena,  
tirando los ojos al suelo  
se puso a jugá con su pelo,  
coloraita como un marañón.

Yo comiéndomela con los ojos  
le pedí que me dijera si estaba por mí.  
Que si en ese trance estaba,  
por un puñao de crucej me jurara  
jácé lo posible de encontrarse conmigo  
en el plataná viejo,  
ese que queda al lao del arroyo,  
ni lejos ni cerca del camino riá.  
Que llegara temprano  
a la hora del gallo,  
que yo sin falta estaría allá.

Y asina jué. Yo llegué primero.  
Las aguaj del arroyo estaban cantando.  
Las florj vestían sus trajes de fiesta  
y un run run de abejones  
colgado del aire se bebían de un trago  
las florej de un mango.

Venía esa moza con un juego e cadera,  
que llegué a pensá que su cuerpo era  
una mata de mai cuando la mueve el viento.  
Que se iba pa allá;  
que viene pa acá,  
que parece se quiebra  
si un poco más terco la moviera el aire.  
¡Una paloma de matojo en matojo,  
no hubiera podió caminá más bonito!  
Como mensajero,  
el güelo de su cuerpo me llegó primero.  
Todita ella me güelía a limón.

¡Sucristo!

Y yo que tenía un pocotón de palabraj  
escogía por lo dulce  
y en ese momento se me fueron volando.  
Nos miramos callao.  
Y yo qué iba a decí, si estaba asustao.  
Ella jue la que dijo:  
¡"y pa qué me dijiste que viniera temprano  
si era pa decirme na!"  
Entonces, rebuscando la voz  
que se me vía qudao, digo yo en los talonej,  
empecé gagueando:

"Yo, yo, yo-yo te estoy queriendo.  
Cómo será, que, que, el pecho lo tengo esfaratao.  
Te pido que me digaj al momento  
si tú estás por mi.  
Si tú sientej lo que yo estoy sintiendo".  
Antonce, ella con esa malicia de jembra  
me dijo: "¿Y, y qué sientej tú?"  
Yo antonce le dije: "Bueno, yo siento...  
Que todas las cosaj son buena  
si tú estás conmigo.  
Que todas las cosaj son mala  
si tú me despreceas.  
Ella no dijo ná.  
Como negro mantón sus pestañas  
le taparon los ojo,  
que como si se hubieran desmayao  
se le fueron al suelo,  
y en el suelo, su deo grande del pie  
dibujó no sé qué cosa... como letras,  
pero yo no sé leé  
¡quién sabe lo que dirian!

Quando le dije que yo pediría su mano,  
levantó la cabeza, espepitó sus ojoj  
y me dijo: ¿"Y, y tú qué vas hacé con mi mano?"  
"Bueno, como asina dicen los blanco,  
pero yo con tu mano no voy hacé ná.  
¡Yo te quiero a ti toditica, maldecía!"  
Antonce ella hizo como que se enojó.  
Me bembió con un jociquito de puerco mamón  
y salió corriendo.  
Y en el aire su risa,

era el relincho de una potranca cerrera.  
Y yo le gritaba: ¡A que te amanso potranca!  
¡A que te amanso!

Quedamos en que cuando yo recogiera el mai,  
el ajonjolí, la batata y la yuca;  
que cuando ya estuviera el rancho listo,  
na más que pa motilarlo  
y me comprara dos asiento e cuero,  
un banco veteligero  
y una tinaja arachera,  
yo iría a pedía su mano.

Y asina jue.  
Le metí el hombro al trabajo  
y en menos de lo que se persina un ñato  
toditica esas cosa laj tenía ya lista.

Esa tarde de la pedilona  
me puse mi mejó calzón,  
el dominguero aquen carne azú.  
Una camisa yacamán  
de las que no se le pega ni el cadillo.  
Un sombrero vueltiao, de los fino,  
de esos que na más saludan si usté pisa recio.  
Me acinturé la rula y barajusté pa allá.  
Ya las palomas se recogían pa dormi  
y en el rastrojo cantaba la chirrinclona.

Llegué a su rancho en horas de la oración.  
Sentao en un tronco encontré a su pae.  
Saludé: "Buenas... ¿Cómo están por aquí?"



El viejo no me contestó.  
¿Estaría maliciando?  
Ni me miró siquiera.  
Sentao como estaba  
se agarraba de un bastón de guayacán,  
que de tanto usarlo lo tenía lisito.

¿Estaría maliciando y me quería mansito?  
Sí, pocque hay paes que son tan celosoj,  
que no se los gana una gallina fina  
recién levantá del nido,  
ni una canoa mocha ni una cocá.

Me rasqué el pecho. Tosí.  
Y ni modo de entrarle.  
¿Sucristo! Me puse nervioso.  
Y es que uno, cuando va a pedí  
a una muchacha, se siente raro, sin confianza;  
y más yo que jui sin padrino.  
Sin embargo, yo no me quedé callao.  
Yo patié, rebuzné, cacarié,  
hasta que jice que el viejo me viera  
y de una sola cogía le tiré mi dijcurso.  
Entre otras cosaj le dije  
que yo era un hombre trabajadó  
y sin mañas.  
Que a mí no me arrugaba el sol.  
Que un desmonte pa mí no tenía misterio.  
Que yo...  
Y mientras todo esto decía,  
mis ojos no estaban quietoj:  
de la cocina pa el cuarto

ni perro chapolo estaba  
buscando un rastro perdío.

Y la moza, mi anamorá, no estaba en casa.  
Más nervioso me puse.  
Usté sabe que uno cuando va a pedí  
a una muchacha la quiere tené presente.  
Ellas ayudan a uno con los ojo.  
Porque con los ojos dicen: ¡pídeme! ¡Pídeme!  
Pero, que va. La moza no estaba en casa.  
El hilo de mi conversa lo cambié pa preguntá:  
“Yo no veo por aquí a su hija”.  
¿No es Tomasa como se ñama?  
Pa qué pronuncié ese nombre.  
Agora caigo en la cuenta.  
El viejo se puso triste,  
más triste de lo que estaba.  
Y moviéndose en el tronco,  
mostró con su deo goloso  
una lomita de tierra  
que estaba casi a la sombra  
de un Tun-tún de hojas pichona.  
“¡Ahí está!” —me dijo—.  
Na má jace una semana que la enterré.  
Le picó una culebra,  
¡Dios me salve esta parte!  
Y ya no jue de este mundo,  
amigo, ya no lo jue.  
Uuuf, si por má de una semana  
cantaron los yacaboe.  
La enterré como quien siembra  
un canutico de caña,

inclinaita un poquito  
por vé si retoña luego.

Mi boca no dijo ná.  
Y qué iba a decí,  
si mi lengua era una bola de llanto.  
Me quité el sombrero  
y pasito a paso me acerqué a la sepultura.  
La estuve mirando un rato.  
¡Qué poquito de tierra!  
¡Y tanto que yo la quise!

Cogí pa mi rancho.  
Iba tembloso. Con un sudó  
pegajoso y frío,  
pero tenía calentura.  
To el cuerpo me temblaba  
como una hoja al viento.  
Hice un cruce po el deshecho.  
Yo no quería que la gente  
a mí me viera llorá.  
¡Porque dicen que los hombres no lloran!

Bandazo como borracho  
iba dando en el camino.  
A veces sin darme cuenta  
me metía en el rastrojo.  
Era un ternero sin mae  
que tiraba pa onde juera  
con tal de seguí pa adelante.

De pronto llegué al arroyo.

Al mismito lugá en que aquella mañana  
le di mis amorej.  
¡Jue como un golpe matrero!

Miré el arroyo y ya no iba cantando  
ni el abejón runruneaba.  
Todo se había amortiguao,  
que hasta el ambiente tenía  
una presencia de luto.  
Las figuraj que ella  
dibujara en el suelo  
me jalaron la vista.

Yo me añingoté y con la ñemita de mis deos  
las jui cancanearo.  
¡Qué dirían, Dios mío!  
¡Qué dirían!  
¡Y dicen que los hombrej no lloran!  
Me acordé de la copla aquella:  
"Adió palomita mía,  
¡Ay, paloma guarumera!  
¡Ya yo no tengo alegría,  
ya yo no soy el que era!"  
aquí me encontré contigo  
porque en el mundo tú estabaj.  
¿Dónde estarás ahora...?  
¡Y dicen que los machos no lloran!

Llegué a mi rancho.  
Lo miré por todas parte.  
Lo sentí frío y escueto  
como yo tenía mi pecho.

Guillermo Valencia Salgado

¿Y pa qué rancho?  
¡Pa qué tinaja arachera?  
¿Pa qué asientoj de cuero?

¡Ay, mi mae!  
Asina como su pae  
me quedé mirando largo, largo.  
Y na vían mis ojos... sólo llanto  
¡Y dicen que los machos no lloran!  
Pero yo lo digo.  
¡Lo digo gritao!  
¡Aquén que me diga que un macho no llora,  
yo le miento la mae!

.....

### **VELORIO CAMPESINO**

Así como son los chuzo  
de montiá en Semana Santa,  
atravesando las tranca  
en dirección del pañol  
me llegó el sonío de un pito.  
Era el cacho de Francisco  
que avisaba la desgracia:  
Puuuuu, puuuuu, puuuuu.  
Me quité el sombrero y dije:  
“¡Murió mi compae Rumaldo!”  
Ya yo lo había presentío  
la noche aquella en que todaj  
las gallinas del totumo  
se ejcandalizaron solas.

Guillermo Valencia Salgado

Hasta los perros gimieron  
con el rabo entre las pierna.  
"Pobrecita de Tomasa,  
-respondió mi compañera-  
Ahora sí que queda sola  
como alma en pena en su casa".

"¡Sí hija.  
Ya mi compae Rinaldo  
al fin estiró la pata!"  
y currucuteando el monte  
con punta de garabato  
el cacho seguía avisando:  
puuuuu, puuuuu, puuuuu,  
y por entre los florisantos  
el eco también pitaba:  
piii piii piii.

Ya es hora de dar el pésame.  
Sácame la ropa blanca.  
Pésame, pero bien pesao  
una cuartilla de arró.  
Y en cascarones de mai,  
eso sí, bien amarrao,  
pónme unos güevo e gallina,  
una docena e tabaco  
y mételo en la mochila.  
Amárrame bien el saco.  
Hazme bien ese envoltorio,  
que antes de que cante el gallo  
tengo que está en el velorio.

A la casa del finao

arrecosté ya de noche.  
Buena gente había en el patio.  
Por grupitos se juntaban  
asegún sus pareceres:  
aquí estaban las mujere  
conversando en baja voz;  
más allá los jugadore  
haciendo rodar el dao  
y en todo el rancho se oía,  
el golpe del dominó.  
En la cocina el sancocho  
se espesaba poco a poco  
y en otro fogón el tinto  
caliente se mantenía.  
En un lugar apartao,  
un viejito refería  
las historias de conejo,  
de tía zorra y de Juan Lara,  
Pedro, Juan y Manuelito,  
de las bruja y el gritón,  
de los duende que se roban  
a los muchachitoj moros,  
y del que pide el Viernes Santo  
las flores del higuieron.

Esperé el primé rosario  
y cuando vi que empezaban  
a repartir el café,  
ya en el cuarto me paré  
ante el cajón de Rumaldo.

“Compae, aquí está su amigo,

Guillermo Valencia Salgado

-le dije muy despacito.  
Hoy usted, mañana yo,  
y todos, todos tenemos  
que coger ese camino.  
¡Así que no se preocupe!  
que los que nos preocupamos  
somos nosotros los vivos.

Después de yo haber cumplido  
con el finao Rumaldo,  
me quedé mirando el cuarto.  
Recostada a las paredes  
estaban las rezandera.  
A un lado, un pequeño altar  
con un Cristo lastimero.  
Un vaso con agua había  
que se iba resecaando  
y por encima flotando  
una mota de algodón.  
Esto a mí no me lo crean;  
pero me lo dan por cierto,  
que con esa agua los muertos  
calman la sed del camino.

Al momento mi comadre  
me echó los brazos al hombro.  
Cerro con fuerza sus ojos,  
y esperrancando su boca  
un turrumuto de moco  
me cayó sobre del pecho.  
Era un garguero de lata  
relatando su desgracia:



"Ay compasito del alma  
se me ha muerto mi marío,  
Rumaldo su compañero.  
Ya yo no tengo consuelo,  
ya yo no tengo alegría.  
La luz que alumbra mis día  
la veo más sucia que el suelo.  
¡Míremelo compae!  
Mírele esa cara triste  
y esa boca amortiguá.  
Jipata tiene la lengua,  
amarillita compae  
que parece flor de auyama.  
Mírele las costilla,  
Son barrotes de escalera.  
¡Ayer él estaba vivo  
y hoy no es más que calavera!"

El llanto de mi comae  
me tenía muy contrito  
y casi, casi yo estaba  
también para dar el grito.  
Y es que yo nunca he podío  
ver llorando a otra persona,  
porque también en mis ojo  
las lágrimas se me asoman.

Apartándola un poquito  
reconvine a mi comae:  
"Oígame esto, comasita:  
¡nadie queda pa semilla!  
¡Consuélese! ¡Consuélese!"

“Ay, compadre, compasito,  
eso es fáci de decí,  
pero el alma se me agita,  
se me retuerce y encoge  
como el rabo de una ardita.  
¡Bien me lo decía mi mama  
que calavera y canilla,  
que canilla y calavera  
es lo único que queda  
de la vida!

Así también lo confirma  
aquella canción ya vieja:  
“¡Tanto pito y tanto bombo  
mucho bulla es lo que dá,  
que cuando viene la muerte  
¿de qué te vale? De ná!  
Él ayer lleno de vida,  
rellenao de fortaleza.  
Cuando al fandango se iba  
a gozá la pelayera,  
el rabito lo movía  
ni puerco con gusanera.  
Y hoy, compadre, hoy,  
mírelo en esa caja,  
parece un quirbe aboyao  
en un caldero e manteca.  
¡Ay, compasito! ¡Ay, ay!”

¡Comasita de mi vida!  
¡Arresígnese a su suerte!  
¡La vida es una ilusión;

lo único cierto es la muerte!

“¡Sí compadre, sí!  
Usted tiene la razón.  
¿Pero quién, compadre, quién?  
¿Quién en las noches de invierno  
me servirá de mantón?

¡Rumaldo! ¡Oh Rumaldo!  
He quedao solita engrima.  
Solita como se quedan  
las tumba del Camposanto.  
¡El muerto no lo erej tú,  
sino yo, Rumaldo! ¡Yo!  
Que desde agora mesmito  
estaré viviendo en pena.

¡Rosaaaa! ¡Oh Rosaaaa...!  
Bórrame de la lista  
de las pareja que iban  
a mover el esqueleto  
en la fiesta del Tapao.  
Ya no me podré poné  
el traje de flores blanca  
ni las babucha de pana  
ni aquella peineta negra  
con piedrecitaj de estrella.  
¡Bórrame, bórrame Rosita,  
que cuando ustedej se rían  
bailando la pelayera,  
acá en mi rancho estaré  
muriéndome de la pena!

Guillermo Valencia Salgado

¡Ay, compadre! Míreme.  
De tanto llorá, compae,  
soy un terrón veranero  
reseca como una cheja.  
¡Ya estoy máj esprimía  
que un moruno de franela!  
Oígalos compadre...  
Están que cantan la zafra  
cavando la sepultura.  
Pocos minutos me quedan  
de tenerlo aquí en mi rancho.  
¡Anastasia, oh Anastasia!  
¿Al cura ya le avisaron  
pa que lo venga a rezá?

Como malo, no era malo  
ni bueno tampoco era.  
Atención para su casa  
nunca la tuvo, compae.  
A mí me tenía encuera  
y casi siempre por ná  
me reputiaba la mae.  
Se gastaba en borrachera  
lo poquito que ganaba  
y preso casi siempre estaba  
por andá de peloterías;  
y el lune por la mañana  
de la cárcel lo sacaba.  
Parecía un penitente  
de la pisa que le daban.  
¡Él no era bueno a los puño,  
no, compadre, no lo era;

pero conmigo eso sí,  
era un gallo de pelea!

¡Ya viene! Entre, señó cura.  
Entre, y récemelo bien.  
Emplúmelo de oración,  
que era tan barajustón  
ni el burro de las Segura.  
¡Rumaldooooo! ¡Oh Rumaldooooo!  
Cuando llegues allá arriba  
me le dicej a mi mama  
que he seguío sus consejo.  
Que asina como me dijo  
todo lo llevo correcto.  
En el patio las gallina,  
y en el chiquero los puerco  
y la sortija e corozo  
tavía la tengo en el deo.

¡Ay, señores!  
Déjenmelo un momentico.  
¡No se lo lleven! ¡No se lo lleven!  
¡Bueno, llévenselo!  
¡Y que allá se quede  
por los siglos  
y los siglos... amén!

## ACONSÉJAME MAMA

¡Mama! ¡oh mama!  
Yo me quiero casá.  
¡Aconséjame mama!

¡Mijo, tú eres loco!  
¿y con quién?

Mama, ¿se acuerda de Trini?  
¡Aquella negra cuajá,  
potranca relinchona,  
paserita y cerrera,  
que en vez de ojos mantiene  
dos brasas que a mí me queman!  
Sí, la mayó de ña Juana  
que aquella mañana  
le hizo el favó  
de aguantarle el burro  
pa que usté se montara.

¿Se recuerda mama?  
Es ella, de trenzas largas  
y de caderas grandotas.  
La que tiene al reírse  
una risa tan fresca,  
como carne de vaca  
recién abierta.  
La que tiene los pechos  
ni punta e garrocha.  
¡Esa mama... Esa!  
La más jarocho del pueblo.

Mijo, yo no sé qué decirte.  
Ahora, las cosas no son como antes.  
Hay mucha exigencia.  
Ya no hay quien aguante.  
La vida es tan poca cosa  
que ya no vale la pena  
compartirla con otra.

No es que me oponga, mijo,  
a que cambie de estao.  
Pero quiero hacerte ver  
que las niñas de hoy  
son como el morrocoy,  
que tienen a sus hijos  
sin saber por qué.  
Hoy na más se interesan  
en la plata que ganas,  
pa vestir de terlenka,  
pa comprarse zapatos,  
coloretos, perfumes,  
morunos, aretes.  
Andar repintadas  
ni payaso de ferias.  
Parecen vitrinas:  
luciendo y luciendo  
aunque estén en miseria.

Las mujeres de hoy  
no aceptan disciplina.  
Les aburre la casa.  
De vecina en vecina  
se pasan las horas,

Guillermo Valencia Salgado

na más que de chisme en chisme  
sembrando la inquina.  
Si tú las oyeras  
tirando tijeras:  
"¡Fulanita! Jummm, ni la mires ahí.  
Parece que no matara ni una mosca  
y ya no es señorita.  
Y pa colmo de males  
actualmente no sabe  
ni quien le hizo el daño.  
Unos dicen que Maño,  
el tendero del pueblo.  
Otros, dizque fue el negro,  
el chofer de la chiva  
que viaja a Río Nuevo.  
"¡En fin... dizque está buscando  
a quien acotejárselo!"

¡No mijo, no!  
Este mundo no tiene compón.

Y esos son los chismes del pueblo.  
Y si aquí llueve,  
allá en la sociedad no escampa.  
No es que yo maldiga  
las costumbres de ahora,  
pero allá en la sociedad  
hay unas señoras  
que de canasta en canasta  
se malgastan las horas.  
Si tú las vieras, mijo.  
Ya ni ellas mismas se atienden.



Espelucá, pitarrosos los ojos,  
la pintura corría,  
y desde que amanece el día  
con la baraja en las manos.  
Y se envician y se endeudan  
y abandonan maridos  
y descuidan los hijos  
y destruyen hogares.  
Exponen dinero  
por un relancino.  
Y día, tras días,  
noches, tras noches  
se van descarnando.  
¡Y después, lo peor,  
un cachaco pidiendo  
una cita callada  
en el apartamento,  
porque deuda de juego,  
como la zorra, mijo  
se paga con el cuero!

Y ahora otra cosa.  
A ti te encandilan  
esas niñas fiesteras  
por la forma que tienen  
de mover las caderas.  
¡Vestiditas con tiras,  
ni siquiera con telas!  
Y unos pantalones  
que llevan candela.  
¡Vitrinas! ¡Vitrinas!

Debajo de eso  
el pecado se imagina.  
Y en sus desparpajos  
no les vale un carajo  
el pudó de las hembras  
bien nacías.

¡No me lo niegues, mijo,  
ni naita me digas!  
Con el tiempo esas cosas  
bonitas se van apagando.  
Las modas se olvidan,  
la mujer envejece  
y la verdá se te asoma  
que ni trompa e babilla.

Bueno, ya tú eres un hombre.  
Los años te sobran...  
Ya debes saber qué camino coger.

Mama, ¡oh mama!  
Guíndame la hamaca  
que me voy a dormí.  
¡Vaciola!  
¡Perro que no conozca,  
no le cojas la cola!